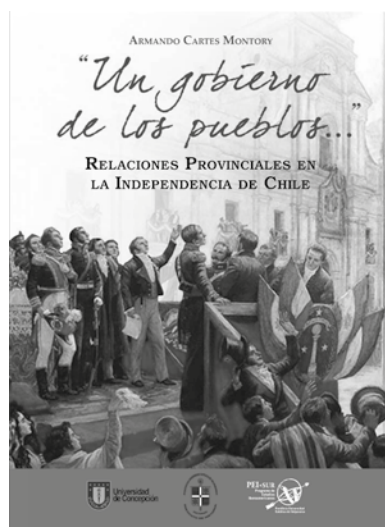


Armando Cartes Montory, “*UN GOBIERNO DE LOS PUEBLOS...*”
RELACIONES PROVINCIALES EN LA INDEPENDENCIA DE CHILE.
 Valparaíso, Ediciones universitarias, 2014, 415 páginas.

José del Pozo.*

Si toda historia es contemporánea, como lo ha dicho más de un historiador, hay que convenir en que la discusión comenzada recientemente acerca de un cambio constitucional en Chile, y en especial acerca de una posible descentralización del poder, está directamente relacionada con el tema central de este libro, por lo que el autor ha hecho, directa o indirectamente, una contribución de valor al debate constitucional actual. Su estudio está basado en una masiva documentación, compuesta por fuentes primarias y secundarias, estas últimas de autores tanto nacionales como de otros países hispanoamericanos o de Europa. A lo largo del libro, aparecen frecuentes referencias a las diversas escuelas historiográficas que se han dado desde el siglo XIX, y a las situaciones vividas



por otros países hispanoamericanos durante este mismo período. Se trata entonces de una obra que revela un trabajo minucioso, y si bien es evidente que el autor, profesor de la Universidad de Concepción, mira con simpatía las aspiraciones regionales, su análisis es prudente, evitando caer

en un partidismo demasiado evidente, y matizando sus juicios.

Este enfoque aparece desde el primer capítulo, donde el autor da a conocer su objetivo: “proporcionar una lectura regional del proceso de construcción del estado de Chile” (p. 66), señalando al mismo tiempo los límites de este proceso. En efecto, en las páginas donde el autor estudia la cuestión de la emergencia de la nación, tras oponer las tesis de Vial y Krebs

* Université du Québec à Montréal (UQAM). E-mail: del_pozo.jose@uqam.ca

a las de Góngora, Julio Pinto y Verónica Valdivia, Cartes concluye diciendo que en vísperas de 1810 “en Chile, en definitiva, aunque coexistían identidades múltiples, había un marcado sentimiento nacional” (p. 90). A partir de esta premisa, se deduce que todas las aspiraciones regionales, por más que hayan existido, y con fuerza, no podrían ir demasiado lejos.

En los capítulos segundo y tercero, el autor analiza las particularidades de las provincias de Coquimbo y de Concepción, así como de las regiones de Valdivia, Chiloé y la Frontera. Esta sección es de especial interés, ya que identifica los rasgos que caracterizaban a cada región, buscando explicar en qué medida esas particularidades influirían en el comportamiento de cada una de ellas durante la independencia. Por ejemplo, la lealtad de los chilotos hacia la causa del rey, a la cual proporcionaron cerca de 1,000 hombres que fueron reclutados por la expedición de Pareja, venida de Lima, es explicada por su aislamiento y por el hecho de que la isla era directamente administrada por Lima. No es claro sin embargo el porqué, según el autor, en la región de Concepción, pese a desarrollar iniciativas propias en materia de comercio, y pese a ser un lugar abierto a las informaciones llegadas a través de marinos y viajeros extranjeros, “el sentimiento realista era mayoritario, especialmente en el bajo pueblo” (p. 161). El análisis de Coquimbo se basa casi exclusivamente en las características sociales y económicas de la provincia, sin precisar si existía una elite dirigente que articulara reivindicaciones políticas. La actitud de los mapuches, favorables en gran medida a los realistas, se explica por “las antiguas lealtades, como los caciques a sueldo del

erario real, la acción de los comisarios y lenguaraces y los beneficios del comercio fronterizo” (p. 210).

El capítulo cuarto contiene el análisis central del tema, la actitud de las provincias en el proceso político durante la Patria vieja. Aquí, el autor critica con fuerza a la llamada “historiografía tradicional”, representada por autores como Heise y Encina, los que niegan la existencia de tendencias autonomistas o federalistas, al menos para el período anterior a 1817. Comparando con otros países latinoamericanos, el autor señala acertadamente que el Estado central era en todas partes débil, lo que favorecía esas tendencias, que en Colombia encontraron su expresión máxima en Cartagena de Indias, constituida en una verdadera república independiente. El autor expone los hechos que avalan la existencia de fuerzas autonomistas, desde un comienzo: las críticas de la Junta de Concepción a las decisiones de Carrera, tomadas sin consultarlos, amenazando con la preparación de una fuerza militar para marchar contra la capital (p. 252-253), así como las protestas de Concepción y de Coquimbo en contra del reglamento constitucional de 1812, exigiendo elecciones en igualdad de condiciones con la capital (p. 259). Para explicar esta situación, Cartes niega valor a la tesis de Gabriel Salazar, el cual veía la oposición entre Santiago y provincias en la rivalidad entre artesanos y pequeños comerciantes de las diversas regiones contra los grandes mercaderes y latifundistas de la capital. Prefiere basar su interpretación en las diferencias culturales, históricas y geográficas de cada provincia (p. 237). Hubo entonces discrepancias graves entre Santiago y las provincias, que sin decirlo abiertamente postulaban

un proyecto federal. Si todo esto no se concretó, fue por la guerra y por los daños que ocasionó, y por la ausencia de una “masa crítica de ciudadanos instruidos y dispuestos a asumir las responsabilidades públicas, así como los recursos para sostener una doble administración” (p.237) Este último argumento sorprende al lector, ya que el autor parece estar negando toda posibilidad real de una materialización de las tendencias federalistas, que sin embargo se esfuerza por identificar.

En la parte final del libro, sobre la época de la Patria nueva, Cartes emite un juicio novedoso que se presta para polémica, acerca de la decisión del gobierno chileno de preparar la expedición libertadora del Perú, señalando que tal medida fue “trágica en términos humanos y financieros”, ya que postergó la liberación del sur del país, aún controlado por los realistas (p. 269) Más tarde, el autor critica a O’Higgins, el cual había olvidado completamente sus simpatías hacia el federalismo, terminando por actuar en forma centralizadora, a la francesa, durante su gobierno. La abdicación del Director supremo fue causada fundamentalmente por la creciente oposición venida de las provincias, que formaron tropas para marchar contra Santiago, dirigidas por Freire. Aquí vuelve a criticar a la historiografía tradicional de corte liberal, como Barros Arana, quien tildó de “antipatriota” la actitud de los dirigentes de Concepción. En cambio, no hay comentarios sobre el esquema interpretativo de Luis Vitale, quien había hablado de “la rebelión de las provincias” para referirse a este período. El federalismo pareció imponerse en el debate constitucional de 1826, pero este principio quedó sin aplicación, hasta

quedar de lado en la constitución de 1828. Esta situación es explicada por el autor por la acción del grupo o’higginista, opuesto a esa tendencia, pero también por las reticencias de las provincias al ensayo federal: “los diputados del sur, de hecho, lo rechazaron” (p. 311) Se echa de menos aquí un análisis más detallado, que explique este brusco cambio de actitud, ya que dos años antes había habido un “amplísimo consenso” en favor de la opción federal (id.) El triunfo conservador en la guerra civil de 1830 consagra el dominio de la opción centralista.

El autor dedica el último capítulo de su obra a analizar lo ocurrido en la región de la frontera, donde la resistencia a la independencia se prolongó durante largos años. Cartes busca renovar los enfoques sobre este tema, oponiendo las visiones tradicionales de Vicuña Mackenna y otros a la historiografía reciente, de Leonardo León y Jorge Pinto, para explicar las razones de esa situación, incluyendo el papel jugado por los indígenas. Insiste en la importancia de los parlamentos y de los mecanismos heredados de la época colonial, que se prolongaron hasta bien adentrado el siglo XIX, y afirma que es erróneo ver a los indígenas como un bloque homogéneo, mayoritariamente favorable a los realistas. La realidad es más compleja y hubo situaciones cambiantes, afirma el autor (p. 331-332) En fin, en una interesante sección titulada “Arauco, matriz retórica de Chile” recuerda cómo la población y la cultura indígena fueron a menudo incluidos en los símbolos independentistas, en los primeros años del movimiento de emancipación, tendencia que fue posteriormente dejada de lado.

En su conclusión, Cartes afirma que lo sucedido en la época de la independencia entre Santiago y las provincias equivale a un “proyecto fallido de confederación”, y que en el desenlace de los hechos “la república bien pudo organizarse de otra manera” (p. 381) Declaración prudente que confirma la voluntad del autor de no caer en afirmaciones tajantes, ya que él mismo señala que “juzgar no es tarea propia del historiador” (id.) Se puede estar en desacuerdo con esta actitud, pero esto no disminuye el mérito de su obra, cuyo principal aporte es poner sobre la mesa un tema poco abordado en forma sistemática por la historiografía.